



Daniela Alegría (UAH), Gabriela Caviedes (U. Andes), Sasha Mudd (UC), Sofía Lombardi (UC) y Sara Baquedano (U Chile)

La mirada de las nuevas filósofas chilenas

EN UN PRESENTE ATRAVESADO POR LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL, LA CRISIS CLIMÁTICA Y EL AGOTAMIENTO, UNA NUEVA GENERACIÓN DE FILÓSOFAS NO SOLO SE PREGUNTA POR LA VERDAD O LA RAZÓN, SINO TAMBIÉN POR EL CUIDADO, LA VULNERABILIDAD, LA CAPACIDAD DE REFLEXIONAR, LA DIGNIDAD HUMANA Y EL LUGAR DE LAS PERSONAS EN UN MUNDO CADA VEZ MÁS ACELERADO.

Carla Pinilla

POR Valentina Cuello Trigo. FOTOS:

Cuando Sasha Mudd, doctora en Historia y Filosofía de la Ciencia por la Universidad de Cambridge, académica de la Universidad Católica y especialista en Immanuel Kant, escribe una columna para la revista británica *Prospect*, parte por algo que le inquieta. Una noticia, una discusión política o una experiencia personal. Presta atención a aquello que le provoca esperanza, miedo o preocupación, y después trata de entender qué le está diciendo esa incomodidad sobre el mundo que la rodea.

—Mis reacciones son una herramienta —explica Mudd—. Me indican cosas importantes sobre el momento social, político e histórico.

Después busca perspectiva. Recurre a la tradición filosófica para mirar el presente desde una conversación mucho más

antigua. Una que comenzó siglos antes y en la que dialoga con Kant, el filósofo alemán al que ha dedicado buena parte de su carrera, para abordar preguntas que la acompañan: ¿Cómo crear y sostener una sociedad de personas libres e iguales? ¿Cómo defender la dignidad humana bajo esas mismas condiciones? ¿Qué es la conciencia?

Pero antes de convertirse en investigadora, profesora y columnista, hubo una pregunta que llegó primero. La muerte inesperada de su padre marcó su juventud y gatilló un interés en temas existenciales sobre la justicia, la muerte y el valor de la vida.

Hoy, a sus 49 años, sus preguntas se circunscriben a temas más contingentes como la inteligencia artificial, crisis climática, polarización política y debilitamiento democrático.

—Vivimos en una época que tiene capacidades tecnológicas casi milagrosas, pero al mismo tiempo tenemos instituciones morales y políticas profundamente debilitadas, enfrentamos una crisis existencial de escala inédita como el cambio climático.

Para Mudd, esas preguntas no pertenecen únicamente a la filosofía académica. Son las mismas inquietudes que hoy atraviesan el trabajo de una nueva generación de filósofas, quienes, desde distintos lugares y objetos de estudio, intentan comprender qué significa vivir, cuidar y pensar en una época marcada por la inmediatez.

FILOSOFAR EN UN MUNDO ACELERADO

La escena que Gabriela Caviedes, doctora en Filosofía y académica de la Universidad de los Andes, describe no ocurre en una sala de clases ni en un seminario, sino en su propia cotidianidad. La académica de 37 años había llevado a su hijo menor al médico y corría contra el reloj para dejarlo en el colegio. Desde el asiento del conductor lo apuraba para que se bajara del auto, pero el niño, de cuatro años, parecía vivir en otro ritmo. Se tomó todo su tiempo para guardar un autito en su mochila. Abrió el cierre, lo volvió a cerrar y siguió acomodando sus cosas mientras ella miraba la hora con cierta impaciencia. Pero al observar al niño, algo hizo clic.

—Él es el que está bien. No yo —dice Caviedes cuando lo recuerda y luego agrega: —Lo humano es vivir como él.

La escena terminó convirtiéndose en una pregunta filosófica. ¿Qué ocurre cuando una sociedad organiza su vida en torno a la productividad? ¿Qué queda fuera cuando todo parece medirse por su utilidad? Para Caviedes, una de las tareas de la filosofía consiste precisamente en volver la mirada hacia aquello que no produce beneficios inmediatos, pero sostiene la vida humana como la curiosidad o la atención.

—Si es que la gratuidad queda afuera de la hiperproductividad, dejamos fuera aquellas cosas elementales de las que depende el desarrollo incluso humano —comparte la filósofa.

Así, mientras Caviedes observa cómo la productividad puede invisibilizar, Sandra Baquedano dirige la mirada hacia otra forma que llama “ceguera”.

Baquedano, doctora en Filosofía por la Universität Leipzig, académica de la Universidad de Chile y autora de “La naturaleza encasillada” (2026), lleva décadas reflexionando sobre la relación entre los seres humanos y el mundo natural. La inquietud apareció temprano. Cuando estaba en enseñanza media, le impresionaba la presencia del sufrimiento en el mundo, pero no

solo el humano, sino también el de otros seres vivos. Esa interrogante terminaría conduciéndola a la ética ambiental y la ética animal, dos áreas desde las que hoy cuestiona formas de pensamiento que sitúan a los seres humanos en el centro de toda consideración moral.

—El desafío consiste en desarrollar sensibilidades capaces de reconocer valor intrínseco, agencia y dignidad en lo no humano. Para esto puede ayudar el intento de reconfigurar una estética distinta de la naturaleza, donde esta no sea solo objeto de contemplación, sino también una instancia de reconocimiento de su vulnerabilidad. Esto implica modificar profundamente las formas culturales de representación.

Para la filósofa, gran parte de la tarea de la disciplina consiste en volver visibles esos hábitos mentales y someterlos a examen.

—La filosofía puede ayudar a ponerle más freno a la afirmación ilimitada de uno y, por lo tanto, valorar más el universo del otro y reconocer la esencia común que tenemos con él.

LA ERA DE LAS RESPUESTAS INSTANTÁNEAS

Una conversación avanza hasta que aparece una frase que para Daniela Alegría es más frecuente: “Déjame preguntarle a ChatGPT qué opina”. El comentario dura apenas unos segundos, pero para la doctora en Filosofía y académica de la Universidad Alberto Hurtado ese gesto dice mucho más que una simple consulta a una herramienta tecnológica; revela una tendencia de delegar el pensamiento. Según Alegría, el problema no está en la tecnología, sino en la facilidad con que se renuncia al pensamiento propio y recuerda que Kant ya advertía sobre esa tendencia cuando describía la “minoría de edad” como la incapacidad de entender sin la guía de otros.

—Creo que hoy en día volvemos a esto de delegar nuestro pensamiento, y eso me parece bastante problemático. La filosofía cuestiona eso, está pensando qué son estos dispositivos, si realmente nos sirven, en qué medida nos sirven y cómo va a ser un futuro con esto.

Esa necesidad de detenerse a pensar también atraviesa el trabajo de la filósofa y filóloga Sofia Lombardi. Nacida en Italia, la académica de la Universidad Católica creció entre libros sobre Roma antigua y, desde los catorce años, estudió latín y griego. Hoy reconstruye el pensamiento de Posidonio, un filósofo griego del estoicismo medio (una corriente de los siglos II y I a. C.), para preguntarse qué puede decir todavía sobre las emociones humanas en 2026.

—La filosofía nos permite parar en este mundo tan lleno de información, de impulsos y de continua transformación, para reflexionar.

Para Lombardi, ahí radica la vigencia de los clásicos: en las herramientas que todavía ofrecen para comprender las emociones, los conflictos y la forma en que nos relacionamos con los demás.

—La mirada estoica y la mirada de Posidonio nos puede ayudar a tratar de conocernos, entender qué significa relacionarnos con los otros y qué significa tener experiencias emocionales y lidiar con ellas —dice la filósofa y agrega: —Volvemos a los clásicos, porque hablan de nosotros, del ser humano, y este sigue siendo siempre el mismo. Ellos vivieron muchas de las preguntas que todavía nos estamos haciendo, muchos de los miedos y

conflictos que seguimos viviendo hoy. EL POSICIONAMIENTO DE LAS MUJERES

El paso del tiempo no solo ha cambiado los temas de investigación, sino también a quienes participan de la conversación. Durante siglos, la filosofía se construyó principalmente desde voces masculinas, mientras experiencias como el cuidado, la vulnerabilidad o el duelo quedaban relegadas a un segundo plano. Para Sasha Mudd, la creciente presencia de mujeres en la disciplina ha contribuido a ampliar el campo de preguntas consideradas filosóficamente relevantes y a revisar los límites de aquello que tradicionalmente se entendía por filosofía.

—La inclusión de las mujeres no solo cambia quien habla, cambia las preguntas que la filosofía considera importantes, los métodos. Entonces, no se trata de agregar mujeres a un canon intacto, sino de revisar qué cuenta como filosofía.

Mudd reconoce que abrirse camino en la filosofía no siempre ha sido sencillo. Durante su doctorado en Cambridge, una experiencia de sexismo alteró el curso de su investigación, la obligó a abandonar el tema que estudiaba hasta entonces y fue lo que la llevó a estudiar a Kant.

Sofía Lombardi también reconoce que abrirse espacio en la disciplina ha sido desafiante y describe el estudio de la filosofía antigua como un ambiente todavía muy tradicional y predominantemente masculino.

—No es solo un problema de número, de cantidad de mujeres dentro de la disciplina, sino también de la visibilidad y el reconocimiento que puedan tener. Las cosas están cambiando, pero todavía hay mucho camino por recorrer.

LA FILOSOFÍA DE LA INTERDEPENDENCIA

Mientras buena parte de la vida contemporánea parece organizada en torno a la velocidad, la eficiencia y el rendimiento, Gabriela Caviedes se ha dedicado a pensar aquello que suele quedar fuera de esa lógica: el cuidado, la dependencia y el tiempo que se dedica a otros. Para la académica, las preguntas filosóficas rara vez están completamente separadas de la biografía.

—Es imposible desasir la biografía de las preguntas que uno se hace —menciona la filósofa, madre de cuatro hijos, quien ha tenido que compatibilizar la maternidad con una carrera académica marcada por la exigencia permanente de producir y publicar.

Durante siglos, explica, el cuidado quedó relegado al ámbito privado y fuera de las grandes discusiones filosóficas. Hoy, en cambio, forma parte de algunas de las preguntas que esta generación considera claves.

—¿Estamos insertos en una sociedad en la que se valore cuidar o solo es valorado el cuidado cuando está profesionalizado? —se preguntó observando su propia experiencia y esa inquietud terminó convirtiéndose en el objeto de su investigación.

Para Caviedes, esa inquietud conduce a otra todavía más amplia: cuánto de la idea moderna de autonomía describe real-

mente la experiencia humana.

—Hay que replantearse qué tan autónomos somos. Si es que acaso no es más bien el caso contrario y que en realidad somos más bien vulnerables, dependientes y necesitamos constantemente de los demás —afirma. Para la filósofa, esa dependencia no corresponde únicamente a la infancia o a la vejez, sino también en las decisiones que se toman a lo largo de la vida y que suele involucrar a otros para pedir consejo, contrastar ideas o buscar orientación.

—Todos los seres humanos somos dependientes, todos somos vulnerables en diferentes grados; y no se trata de sacudirse la vulnerabilidad encima para poder producir más.

La pregunta por el cuidado también atraviesa las investigaciones de Daniela Alegría. Para la académica, gran parte de la filosofía se construyó sobre la imagen de individuos autónomos. Sin embargo, la experiencia humana parece contar una historia distinta.

—Todos hemos sido cuidados, vamos a cuidar en el futuro y probablemente nos están cuidando ahora mismo —sostiene.

En esa línea, y enmarcado en la corriente de la ética del cuidado, Alegría defiende la idea de que el cuidado no puede seguir recae- yendo principalmente en las mujeres ni permanecer confinado al ámbito privado, sino que debe ser una tarea compartida entre las familias, las comunidades, el Estado y el mercado.

—El cuidado es la condición estructural de la vida en común.

UNA LÍNEA DE DEFENSA

Las preguntas son distintas. Algunas nacen de la inteligencia artificial, otras del cuidado, de la crisis ecológica o de la vida cotidiana. Sin embargo, todas apuntan a una preocupación común: cómo seguir pensando críticamente en un mundo que parece exigir respuestas inmediatas.

—La filosofía es una defensa lenta de la lucidez en una cultura diseñada para acelerar la reacción —sostiene Sasha Mudd y agrega:

—Es un momento donde tenemos que defender, renovar y rearticular los ideales de la Ilustración (libertad, igualdad moral, dignidad, autonomía). Y estos valores deben ser defendidos, pero no de manera ingenua ni abstracta. Tenemos que democratizarlas, renovarlas y rearticularlas frente a los desafíos actuales.

La defensa de esa capacidad crítica también se observa en el trabajo de Sandra Baquedano. Para la filósofa ambiental, la reflexión comienza cuando se deja de aceptar como naturales las formas en que las personas habitan el mundo y se relacionan con los demás seres vivos.

—Los problemas filosóficos no provienen de los libros ni de las fuentes abstractas, sino de la vida misma.

No es casual que ninguna de estas filósofas investigue problemas aislados de la experiencia cotidiana. Para Alegría, ahí radica la vigencia de la filosofía.

—La filosofía viene a instalarnos tantas certezas, pero sí muchas preguntas que son valiosas. Nos alienta a pensar por nosotros mismos. Creo que tal vez es el gran oficio de este nuevo siglo. n

**La nueva generación
de filósofas, desde
distintos lugares,
busca comprender
qué significa vivir,
cuidar y pensar en
una época marcada
por la inmediatez.**